

—Los pobres muchachos son felices, murmuró el viejo, atendiendo al rumor de sus pasos, y yo he vuelto á ver á mis soldados, á mi rey... moriré tranquilo.

—¡Oh! no, morir no, prorumpió una voz infantil á sus espaldas.

—¡Ah! ¿eres tú, chiquitin? Vén, vén, á los brazos de tu padre; no, morir no, dices bien, viviré para tí.



UN ORDENANZA ORIGINAL



os tipos verdaderamente raros, existen bajo la bóveda celeste, y puedo vanagloriarme de haber conocido varios; el que haya de ponerse al lado de este de que voy á hablar aún está por nacer.

Era sardo, campesino, de veinte años, no sabía leer ni escribir, y pertenecía á la infantería.

La primera vez que en Florencia se me presentó, estando yo en la redaccion de un periódico militar, me inspiró simpatía. Por su aspecto y por alguna que otra respuesta pude comprender al vuelo que era un tipo original y muy curioso. Visto de frente, era él; visto de perfil, parecía otro. Pudiera decirse que en el momento que se volvía todos sus contornos se alteraban. De frente tenía una cara como otra cualquiera; pero de perfil, provocaba á risa. La punta de la

barba y la punta de la nariz parecían tocarse, sin conseguirlo, porque se interponían dos inmensos labios siempre abiertos, que dejaban ver dos filas de dientes desordenados como un peloton de milicianos nacionales.

Los ojos semejaban dos cabezas de alfiler, tan pequeños eran, que desaparecían casi totalmente entre las arrugas, de la cara cuando se reía. Las cejas tenían la forma de dos acentos circunflejos, y la frente por su estrechez apenas bastaba á separar el pelo de las cejas. Decíame un amigo, que era hombre hecho para excitar la risa. Y á pesar de todo, su fisonomía expresaba inteligencia y bondad; pero inteligencia parcial, por decirlo así; y una bondad también *sui generis*. Su voz era áspera y bronca, hablaba un italiano que hubiera podido pretender el privilegio de invención.

—¿Te gusta Florencia?—le pregunté, al día siguiente de haber llegado.

—Así, así, no me disgusta—me dijo.

Para él, que no había visto más que Cagliari y alguna que otra pequeña ciudad del Norte de Italia, no dejó de parecerme respuesta un poco severa.

—¿Qué te gusta más, Florencia ó Bergamo?

—He llegado ayer, y no puedo juzgar todavía.

Cuando se iba, le dije:—Adios—y él me contestó:—Adios.

Al siguiente día entró en casa á prestar servicio.

Al principio, mil veces estuve á punto de perder

la paciencia y de enviarle á su regimiento. Si no hubiera sido más que el no entender una jota de lo que le decía, *transeat*; pero la desgracia era que, un poco por no entender el italiano y otro poco por la novedad que le causaban los encargos que le daba, comprendía á medias y lo hacía todo al revés. Si os dijera que llevó á afilar mis navajas de afeitarse á casa de Lemonnier el librero y á imprimir mis manuscritos á casa del amolador; que en otra ocasión dejó una novela francesa en casa del zapatero y un par de botas en la de una señora, nadie lo creería; porque para creerlo era preciso haber visto hasta qué punto, además de comprender mal, era distraído. De otra suerte, ¿cómo explicarse los *qui pro quo* tan garrafales?... No es posible dejar pasar alguno de ellos entre los verdaderamente maravillosos.

A las once de la mañana le enviaba á comprar jamon para hacer el almuerzo; precisamente á esa hora salía el *Correo italiano*. Un día, sabiendo que el periódico traería una noticia que me urgía saber, le digo:—Véte á escape, jamon y *Correo italiano*.—Era imposible que aferrase de un golpe dos ideas. Bajó y volvió á los pocos minutos con el jamon envuelto en el *Correo italiano*.

Hojéabamos juntos una mañana, un amigo y yo, un hermosísimo atlas militar que la Biblioteca me había prestado, y le decía—Esto es lo malo, para mí; que no me es posible después de ver cada una de las cartas, formar idea del conjunto, porque no las veo

de una vez. Para apreciar bien la batalla en toda su complejidad quisiera verlas todas clavadas en la pared y puestas en fila, de suerte que formasen un solo cuadro.—Por la noche, cuando volví á casa... ¡tiemblo todavía cuando lo pienso!.. todos los mapas del Atlas estaban clavados en la pared; y para mayor suplicio, se me presenta por la mañana temprano con semblante sonriente y humilde como el que viene á buscar una palabra de agradecimiento.

Le mando en otra ocasion comprar un par de huevos para que los cociera en la maquinilla del espíritu de vino. Estando él fuera, vino un amigo á hablarme de un asunto urgente. Veo entrar á aquel desgraciado:—Espera,—le dije. Y se sienta en un rincon, y yo continúo hablando con el amigo. Al cabo de un rato veo que el soldado tan pronto se pone encendido como pálido y verde, parecía que estaba sentado sobre un lecho de espinas, no sabía dónde esconder su cara. Bajo los ojos, y me veo escurriendo por una pata de la silla, unas líneas amarillas, de color de oro, que jamás había visto. Me acerco: si es yema de huevo. El infame se había metido los huevos en el bolsillo de atrás, y se había sentado, sin acordarse de que allí tenía mi almuerzo.

Todo esto son tortas y pan pitado al lado de lo que tuve que sufrir antes de obligarle á que arreglara mi cuarto, no como yo deseaba, sino de modo que, al ménos remotamente, dejara comprender que allí vivía un hombre razonable. Para él el arte de colocar las

cosas en órden, consistía en disponerlas una sobre otra, segun formas arquitectónicas, y su mayor ambicion, fabricar edificios, cuanto más altos mejor. Primeramente, todos mis libros estuvieron formando un semicírculo de torres, que temblaban al más leve soplo; el cubo vuelto al revés, sostenía una atrevida pirámide de platos pequeños y vasitos, sobre los cuales se erguía altanera la brocha de la barba; los sombreros de copa, nuevos y viejos, se elevaban unos sobre otros á manera de columna triunfal, hasta una altura vertiginosa. Así, que en el silencio de la noche, ocurrían frecuentemente ruinas fragorosas é inmensos derrumbamientos, que, á no ser por las paredes de la habitacion, nadie sabe hasta dónde hubieran podido llegar los sombreros.

Para hacerle comprender que el cepillo de los dientes no pertenecía á la familia de los cepillos de cabeza, que el tarro de la pomada era enteramente distinto del frasco del extracto de carne Liebig, y que la mesa de noche no es mueble destinado á guardar las camisas planchadas, se requería la elocuencia de Ciceron y la paciencia de Job.

Si me agradecía la buena manera como le trataba, y si sentía cariño hácia mí, jamás pude sospecharlo. Solo en una ocasion mostró cierta solicitud por mi persona, y por cierto de modo muy extraño. Estando en la cama, enfermo, hacía quince dias, sin adelantar un paso, detuvo una noche en la escalera al médico, que era inmensamente oscuro, y le preguntó con brusquedad:

—Pero, vamos á ver, ¿V. le cura ó no le cura? El médico montó en cólera y le dió un buen jabón.
—¡La cosa es que vá siendo la broma un poco larga!—murmuró por toda respuesta.

Otras veces tenía salidas que, en lugar de reprenderse, como era mi deber, no podía hacer más que reirme. Una mañana, me despertó diciéndome al oído con extraño acento:

—Señor teniente, el que duerme no coje peces.

En otra ocasion entraba en casa, cuando precisamente salía cierto personaje ilustre, y oyó decir á un amigo mio que se quedaba, que tal personaje era *una personalidad muy saliente*. Pasan quince días, y estando hablando con varios amigos, se asoma á la puerta de mi cuarto y me anuncia una visita.

—¿Quién es?—pregunté.

—Es...—respondió (no se acordaba del nombre).

—es... *aquella personalidad muy saliente*.

—Todos soltaron la carcajada, lo oyó el mismo personaje y le expliqué lo ocurrido, y no pudo ménos de reirse tambien á más y mejor con nosotros.

Es difícil dar idea de la lengua que hablaba este curioso sujeto: era mezcla de sardo, lombardo é italiano; todas las frases que usaba estaban hechas á medias, las palabras truncadas y contraídas, soltaba aquí y allá infinitos verbos que dejaban el sentido en el aire, por lo cual su conversacion parecía la de un sonámbulo. Vino un día á buscarme un amigo á la hora de comer, y al entrar, le preguntó:

—¿En qué está de la comida tu amo?

—*Trema* (tiembla)—le respondió el soldado.

El amigo se quedó con la boca abierta.

Aquel *trema* quería decir *termina*.

En cinco ó seis meses, frecuentando las escuelas del regimiento, había aprendido á leer y á escribir trabajosamente: fué una desgracia para mí, porque mientras yo estaba fuera de casa, se ejercitaba en escribir sobre mi mesa, y solía poner cien ó doscientas veces la misma palabra, que era generalmente alguna de las que me había oído pronunciar el día ántes leyendo, y que le había hecho impresion. Una mañana, por ejemplo, le chocó el nombre *Vercingetorige*.

Por la noche, al volver á casa, me encontré *Vercingetorige* en las orillas del periódico, por el revés de los mapas, en las cubiertas de los libros, en los sobres de las cartas; sobre los papeles del cesto, por todas partes donde encontraba espacio para meter las catorce letras predilectas.

Otra vez le hirió el corazón la palabra *ostrogodos*, y al siguiente día toda mi casa estaba invadida de *ostrogodos*.

Un día le sedujo la palabra *rinoceronte* y á la mañana siguiente, mi casa llena de *rinocerontes*.

Por otra parte, la verdad es que gané algo; porque pude abandonar el uso de las cruces que hacia antes con lápices de distintos colores sobre las cartas que debía llevar á la mano para determinadas personas; de otro modo era imposible: todos los nombres

se le olvidaban; así que, solía decir: esta carta vá á la señora celeste (que era mundana), esta otra al periodista negro (y era rojo), la otra al empleado amarillo, cuando aunque el lápiz era amarillo él era verde.

Pero á propósito de escritura, le descubrí una cosa buena, que supera á todas las que llevo citadas.

Se había comprado un cuaderno, en el cual copiaba de todos los libros que tenía á su alcance, las dedicatorias de los autores á sus padres, cuidando siempre de sustituir los nombres de éstos por el nombre de su padre, de su madre y de sus hermanos, á los cuales se imaginaba dar de esta suerte espléndido testimonio de afecto y de gratitud.

Abrí un día el cuaderno y me encontré entre otras la dedicatoria siguiente:—*Pedro Franci* (era su padre, un campesino), *Nacido en la pobreza, Supo con el estudio y con la perseverancia Azquirir un puerto señalado entre los dertos, Socorrer á sus padres y hermanos, Dignamente educar á sus hijos, á la memoria del óptimo padre dedica Este libro El autor Antonio Franci*, (en lugar de Miguel Lessona).

En otra página:—*A Pedro Franci mi Padre Que anurciando al Parlamento subal. Pino El desastre de Nohara caíia sin sentido en tierra, Muriendo á lo poco dias Consagro este canto*, etc., etc.

Más abajo:—*A Cagliari* (en lugar de Trento), *Sin representacion todavía en el Parlamento italiano*, etc. *Anonio Franci*, en lugar de Juan Prati, etc.

Lo que más maravilla me causaba en él,—que jamás había visto nada—era la absoluta carencia del sentimiento de sorpresa, por extraordinario que fuese lo que se presentase delante de su vista. Vió, en el tiempo que estuvo en Florencia, las fiestas con motivo del matrimonio del entónces príncipe Humberto; vió una funcion de ópera y bailes en la Pergola (jamás había visto un teatro); vió las fiestas del carnaval y la iluminacion fantástica del Paseo de las Colinas; vió otras cien cosas enteramente nuevas para él, que deberían haberle llenado de estupor, divertirle y darle motivo para que charlase grandemente. Nada de eso. Su admiracion nunca fué más allá de la fórmula acostumbrada:

—No está mal.—Santa María de las Flores... no está mal; la Torre del Giotto... no está mal; el palacio Pitti... no está mal.—Yo creo que si el mismo Dios en persona hubiera bajado á preguntarle qué le parecía la creacion, le hubiera contestado que no estaba mal.

Desde el primero al último dia que estuvo conmigo, tuvo idéntico humor, entre alegre y sério; siempre dócil, aturdido; siempre puntual para entender las cosas al revés; siempre sumergido en inmensa apatía, y siempre extravagante de la misma manera. El día que recibió su licencia, estuvo haciendo garabatos en su cuaderno, quién sabe las horas, con la misma tranquilidad de los otros días. Antes de salir, vino á despedirse. La escena de la separacion fué poco tier-

na. Le pregunté si sentía dejar á Florencia. Me respondió:

—¿Por qué no?

Le dije si volvía á su casa de buena gana.

Me contestó con un gesto que no comprendí.

—Si tuviera necesidad de algo—me dijo ya en los últimos momentos—escribame, que siempre tendré mucho gusto en servirle.

—¡Muchas gracias!—le repliqué.

De esta manera salió de casa, despues de dos años que había estado conmigo, sin dar la más mínima señal de pena ni de alegría.

Yo le miraba mientras bajaba las escaleras.

De repente se volvió.

—Vamos á ver—pensé para mí—al fin su corazón se ha despertado y vuelve á despedirse de otra manera.

—Señor teniente—dijo—la brocha de afeitar la puse en el cajon de la mesa grande.

Y desapareció.



A LOS VEINTE AÑOS



Al que no me vengan á contar de la vida alegre y divertida de los estudiantes y de los artistas; los verdaderos locos de atar, son los oficiales recientemente promovidos al cargo, en los primeros meses que viven con el regimiento. No es posible que un jóven se halle en situacion más favorable para la alegría y el desórden.

El salto desde el colegio á la vida libre, del machete ó bayoneta á la espada y del refectorio al restaurant; los primeros goces del mando, el uniforme nuevo, el asistente, los nuevos amigos, los superiores benévolos... en camino al ménos de experiencia, y aquella idea vaga de morir un día en medio de hermoso campo de trigo, herido en la frente por una bala que ni siquiera nos dé tiempo para gritar... son cosas que mantienen un estado de embriaguez continúa, como en enamorados esposos.